

## IMPRESIONES DE ROMA

### SANTA SABA

La calle estrecha, flanqueada de muros aterciopelados de húmedos musgos verdes, trepa la colina del Aventino, y en un recodo aparece la puerta del antiquísimo Monasterio de Santa Saba. Se golpea, y se presenta un chicuelo de diez o doce años, que abre la vieja puerta carcomida y se entra a un patio silencioso, invadido por las hierbas. Parece un jardín de camposanto abandonado, todo florido de crisantemas de variados colores. Protegidos por los altos muros que cierran el recinto, crecen lozanos naranjos, cargados de fruta y azahares, y ellos dan el único hálito de vida que se respira en aquella mansión tétrica donde parece que ha dejado impresa una huella indeleble la desolación. La sencilla y graciosa arcada del claustro corre a todo el largo del edificio mirando a la campiña de Poniente que se extiende en una vasta planicie solitaria, sin más accidente que la prominencia del Testaccio, coronado por una cruz escuálida que abre sus brazos en el límpido horizonte del tramonto del Sacio.

Se entra a la iglesia por un pasadizo mezquino y una gran impresión de tristeza invade el espíritu en aquel ambiente de ruina y decadencia. En el piso, en las paredes, en la cripta subterránea, se conservan aun vestigios de la grandiosidad arquitectónica y de la riqueza ornamental de aquel templo de las edades primitivas del Cristianismo, el primero que surgió a la nueva fe sobre el Aventino, pero todo amenaza derrumbarse de un momento a otro, y las anchas grietas que surcan los muros acusan la moribunda vejez del monumento enfermo de melancolía desde que dejaron de resonar en sus ámbitos los cánticos del coro y quedó privado de los tibios perfumes del incienso. Gruesas vigas apuntalan los arcos ruinosos que dividen las naves, sostenidos por graníticas columnas arrancadas de algún otro templo de la Roma pagana, que tan profusamente contribuyó con sus tesoros artísticos a enriquecer los monumentos de la nueva doctrina vencedora, decorando con la misma pompa con que había ennoblecido las aras de los Dioses mitológicos los altares del Dios revolucionario que instituyó una nueva dinastía celestial más poderosa, más dominadora, más perdurable.

La mano bárbara de la Edad Media deformó en mucha parte la prístina belleza arquitectónica y la suntuosidad ornamental de la iglesia de Santa Saba. La columnata que separaba las naves extremas está murada; los frescos que decoraban los arquivadillos fueron cubiertos con cal; algunas de las columnas de rico jaspe verde de los altares han sido robadas y sustituidas por pilastras de madera groseramente pintadas; los delicados mosaicos del piso han sido en parte arrancados, y todo revela la obra despiadada de aquella época en que se

borró del espíritu de los pueblos el sentimiento estético que había florecido en las postrimerías del paganismo y que renació con el triunfo definitivo de la Iglesia Católica. Se diría que aquello fue un segundo Diluvio que arrasó la obra primorosa del arte humano como arrasó el primero toda la creación de la Naturaleza.

Salí con el alma contristada de aquel templo en ruinas, sin santos, sin crucifijos, sin tabernáculo, inerte como un cuerpo sin alma, y aspiré con delicia el aire tibio de aquella tarde de Otoño, serena y diáfana, sin una nube en el cielo. Era la hora del ocaso y una gran paz se difundía en todo el paisaje solitario, como si el silencio reinante entre los muros agrietados de Santa Saba se dilatase por toda la campiña romana, vasta y plana como un mar en calma. El sol caía lentamente sobre el horizonte envuelto en la aureola de las brumas lejanas del Tirreno, doradas en el incendio del Poniente, mientras el cielo empalidecía sobre Roma destacándose en la limpidez del ambiente la silueta esbelta de las torres y las gibas de las cúpulas. Al frente, por sobre el tejado de Santa Sabina, surgía la colosal de *San Pietro*, como una mitra gigantesca, y aquí y allá se distinguían los perfiles de San Alejo, de Santa Prisca, del Monasterio de los Caballeros de Malta, del Convento de los Benedictinos, todos los monumentos de la Ciudad Santa, erguidos en la gloria de su poderío haciendo contraste con las ruinas imponentes de la Roma Cesárea, el Palatino, el Coliseo, las columnas truncadas del Foro, llenas de grandiosidad aún en su actual miseria, como los restos fósiles de la fauna antidiluviana que revelan con sus osamentas de gigantes su corpulencia y su fuerza empequeñeciendo las razas que la sucedieron.

Un único eslabón queda intacto de la cadena de los años: el Capitolio, cuya alta torre domina toda Roma, afianzando su soberanía de ciudad capital de un reino fuerte y glorioso. El monumento perpetúa la tradición, a ratos interrumpida, del dominio político, intelectual y artístico de Roma en toda la Itálica tierra y allí queda cimentado para siempre en las entrañas del monte incommovible. Y mientras las sombras cadentes del cielo parecen aplastarlo todo bajo su manto, se diría que la torre Capitolina se agiganta absorbiendo los últimos resplandores del día, radiante como un faro entre las nieblas crepusculares del Tíber. Más que un objeto tangible, parece una idea luminosa que refulge con luz inextinguible; un astro sin ocaso: la estrella simbólica de Roma libre!

Contemplando aquel paisaje evocador de tan larga y tumultuosa historia, veía venir gradualmente la noche en la tarde plácida y tibia. El sol se había hundido ya en el horizonte dejando en el cielo como una aureola dorada de cabeza de santo bizantino, y la campaña ennegrecida parecía más vasta, más triste en su silenciosa soledad. Antes de alejarme dirigí una última mirada al viejo monasterio que acababa de visitar, y al verlo tan ruinoso en medio de aquel melancólico jardín de camposanto abandonado, mudas sus campanas, apagados los incensarios, desvestidos los altares, se me figuró que el verdadero

ocaso no era el de aquel sol que se había sumergido en el horizonte lejano llevando toda su vida, su calor, su luz a otras regiones y que al día siguiente volvería a irradiar en este mismo cielo, si no el ocaso, de las creencias, de las supersticiones, de los fanatismos que se hundían en la lóbreguez de una noche eterna, sin la esperanza consoladora de una nueva aurora, aplastadas bajo los escombros de aquellos muros condenados a una catástrofe suprema contra la cual serán inútiles todos los puntales con que el artificio humano pretende sostener en pie el viejo edificio privado del alma vivificante de la fe.

Es noche ya. En la solemne quietud de las sombras sólo se oye a lo lejos el tañido acompasado de una campana que convida a la oración vespertina. Y los azahares, humedecidos por el relente, difunden su suave aroma virginal perfumando el ambiente quieto.

*Daniel Muñoz.*

**Roma, Noviembre de 1899.**